

STARCRRAFT®

HEART OF THE SWARM



Ímpetu

Danny McAleese

De pronto, las explosiones cesaron.

Durante un instante largo e inquietante, reinó el silencio. Luego, lentamente, las columnas de humo blanco y gris que nublaban la zona de combate ascendieron perezosamente por el aire inmóvil. Abajo, como en el truco de algún mago cruel, todo el campo de batalla aún en llamas quedaba desvelado hasta donde alcanzaba la vista.

Los protoss habían sido brutalmente meticulosos en su ataque. Trajes de combate hechos pedazos que habían sido soldados vivos estaban desperdigados en diversos estados de destrucción. Algunos yacían abrasados por disruptores de partículas, con sus armaduras penetradas por el implacable fuego de los acechadores. Otros habían tenido un fin más quirúrgico, cortados en pedazos por la virulenta energía de las cuchillas psiónicas de un fanático. Todos ellos inánimes.

O casi todos.

Unos movimientos repentinos rompieron la aparente quietud del campamento Kel-Morian. Uno a uno, desde la retaguardia, unos soldados comenzaron a avanzar poco a poco. Eran persecutores, marchando pesadamente en sus descomunales trajes blindados, murciélagos de fuego que arrastraban los cañones ennegrecidos y refulgentes de sus lanzallamas perdición. Sus formaciones antaño ordenadas estaban descompuestas, como los restos retorcidos de la instalación que se les había asignado defender. Pero ellos habían resistido. Seguían respirando. Y eso, para ellos, era una victoria.

El capitán Marius Blackwood no vio nada de todo esto. A ambos lados de su tanque de asedio, el extraño terreno de Moria pasaba borroso a toda velocidad. Mientras vastas llanuras de polvo rojo se extendían en todas direcciones, Marius se centraba en el mundo pequeño y confinado de su visor delantero. En lugar del sonido estridente de las bocinas de la fortaleza, solamente oía el repiqueteo tranquilizador del motor debajo de él.

—Fuerzas enemigas huyendo en desbandada —sonó la voz en su comunicador. Las palabras eran tan sintéticas como siempre: instrucciones robóticas procedentes del mando central—. Que todos los escuadrones informen a los comandantes de pelotón. Objetivo principal alfa. Brecha en el perímetro en...

Marius pulsó el interruptor de silencio de sus auriculares, poniendo fin a lo que sabía que sería una inacabable letanía de inútil cháchara electrónica. Su mano encallecida se cerró sobre la palanca de cambio sin echarle una sola mirada. El Arcolux se estremeció

por un instante al subir de marcha dando un rugido, con sus orugas levantando grandes nubes de polvo carmesí a su paso.

Pero Marius tampoco vio nada de eso. Solo veía al coloso.

Esa cosa era absolutamente descomunal: un monstruo intimidante cuya silueta se recortaba contra el paisaje sombrío y desolado. Observó cómo se retiraba sobre sus patas largas y arácnidas, con su cabeza extraña y sobrenatural girada hacia atrás para cubrir su huida. Aún estaba muy lejos de su alcance. Marius sabía que seguiría aumentando su distancia respecto a su tanque de asedio, de no ser por un pequeño detalle.

Cojeaba.

Ese caminante robótico solitario carecía de la velocidad y la gracilidad que tenía cuando las máquinas de guerra atacaron el complejo. Había sufrido desperfectos. Tras aumentar la imagen en su pantalla de tiro, Marius distinguió la pata inutilizada. El caminante la arrastraba pesadamente con cada paso que daba.

Aceleró el motor. Allá a lo lejos, la llanura vacía daba paso a las formas más oscuras de los picos de montañas distantes. Tendría que alcanzar al coloso antes de que este llegara a ellas. Marius fijó el retículo en su blanco, con los ojos pegados a la lectura de proximidad que centelleaba debajo. Solo estaba seguro de algo: lo haría desde cerca.

Una luz blanca parpadeó rápidamente en la consola que tenía delante. Marius hizo todo lo posible por ignorarla y casi lo consiguió; luego suspiró mientras la pulsaba con el puño. Una figura familiar apareció en el agrietado y sucio visor.

—¡Blackwood! —gritó la teniente coronel—. ¿Adónde demonios cree que va?

—Hacia delante —replicó sarcástico Marius. Ya se imaginaba por dónde iba a ir esta conversación.

—Y una mierda —lo reprendió la teniente coronel. Sus ojos azules brillaban intensamente incluso a través de la mugre del visor astillado—. La fiesta ha terminado, capitán. Vuelva aquí ahora mismo. Tenemos...

Sin previo aviso, el tanque de asedio fue sacudido por una explosión brillante. Los actuadores hidráulicos del bastidor absorbieron la mayor parte del impacto, pero no impidieron que la cabeza de Marius conectara de improviso con la consola delantera.

Luchó por mantener el control, hundiendo instintivamente los dedos en su maraña de pelo oscuro. Los sacó cubiertos de sangre.

—¡Creía que habíamos puesto en fuga al enemigo! —bramó Marius al micrófono mientras sus ojos barrían el paisaje a través del visor. A pesar de todas las misiones que había emprendido en esta cosa, el veterano piloto aún no se fiaba del todo de sus pantallas de sensores.

—Pues sí —le soltó la teniente coronel—. Pero usted está muy por delante. Va directo hacia los rezagados en retirada, capitán. Se encuentra demasiado avanz...

Otra explosión sacudió su tanque, esta vez un mero impacto de refilón. Tras girarse a un lado, Marius vio a su nuevo enemigo. Un acechador solitario lo había designado como objetivo mientras huía avanzando en su misma dirección general. Sus patas iban tan rápido que eran apenas un borrón.

«*Este no debería estar aquí*» —pensó extrañado. A estas alturas, el acechador debería estar ya junto a sus homólogos robóticos. Tal vez estaba dañado. Sea como fuere, Marius no iba a darle la oportunidad de demostrar que estaba equivocado.

Decidió actuar. Siempre era así cuando conducía. Tras años de práctica, había aprendido a fusionarse con su máquina. Como consecuencia, no hubo demora entre pensamiento y acción cuando le dio un bandazo al volante hacia la izquierda

El tanque respondió bruscamente. Con una fuerte derrapada, Marius aguardó a que el acechador quedara alineado en su mira para pisar a fondo el pedal de estabilización opuesto. Hubo un tremendo rugido mientras el tanque se estremecía, se enderezaba y salía de la derrapada sin detenerse. Continuó hacia delante a una velocidad aterradora.

«*Mantén el impulso* —resonó una voz en su cabeza—. *Si lo pierdes, estás listo*».

Cione. Otra vez. Marius hizo una mueca de fastidio, pinzándose las sienes con sus sucios dedos pulgar e índice. —Ahora no, hermano —dijo suavemente—. Estoy algo ocupado.

El torso del acechador había girado hacia delante, seguramente para calcular el mejor ángulo de huida, y se volvió a girar hacia atrás para encontrarse más de sesenta toneladas de acero abalanzándose sobre él. Apuntando rápidamente con sus cañones disruptores, el enemigo logró lanzar un disparo mal dirigido antes de que Marius apretara el gatillo de sus cañones de 80mm. Las dos ráfagas penetraron el blindaje que le quedaba al robot, haciéndolo estallar en pedazos solo una fracción de segundo antes de que el tanque de asedio pasara por encima de su armazón destruido.

Marius sintió con satisfacción el crujido del metal cediendo bajo sus orugas. Un vistazo rápido al panel de datos trasero revelaba fragmentos del caminante volando en todas direcciones. Al menos estas cosas morían como es debido. No como los fanáticos, que desaparecían con un destello espeluznante al matarlos. Sintió un escalofrío. Eso siempre lo sobresaltaba.

—Fantástico —crepitó la voz de la teniente coronel por el comunicador, no sin cierto dejo sarcástico—. De acuerdo, ya se ha divertido, capitán. Ahora dé la vuelta *ya*.

La última palabra llegó con una intensidad severa, y con razón. Marius ya había vuelto a apuntar el morro del tanque en dirección al coloso.

Activó el micrófono. —Vuelvo enseguida —dijo inocentemente. El tanque ya volvía a estar prácticamente a su velocidad máxima, avanzando a toda prisa por el paisaje rojo, levantando una polvareda. Se concedió un momento de relax. El grito del motor era casi balsámico.

—¡Le ordeno que regrese de inmediato! —prosiguió la teniente coronel—. Sé lo que piensa hacer y es imposible que lo consiga. Además —dijo tras una breve pausa—, los niveles de radiación aún no son seguros.

Marius echó una mirada a su derecha, donde una nube oscura y amenazante flotaba inmóvil en el cielo rosado. Eso era todo lo que quedaba de la detonación táctica que a la postre había decantado la batalla a favor de ellos. De algún modo, un fantasma había logrado infiltrarse. Quizás demasiado: a través del comunicador circulaba el rumor de que probablemente el pobre bastardo la hubiera palmado al solicitarla.

Para ser sinceros, Marius no tenía ni idea del motivo. El asentamiento Kel-Morian cuya defensa les habían asignado era conocido oficialmente como Estación Minera Remota Cuatro: otro agujero de excavación, como casi todo lo demás en este planeta. Este en concreto se encontraba en el centro de un extenso mar de polvo, rodeado de una gran cantidad de nada en todas direcciones. Tanto, de hecho, que hacía tiempo que tras el “Cuatro” habían pintado la palabra “Gatos”.

Para ser una colonia minera, la Estación Cuatro Gatos estaba inusualmente militarizada, como si protegiera algo importante. Algo que los protoss deseaban con auténtica ansia, a juzgar por la enorme potencia de fuego que habían desplegado allí.

Tampoco es que a Marius le importara. Ninguno de esos detalles era de su incumbencia.

Lo único que sabía era que, desde el principio, la batalla había sido salvaje. La arremetida inicial de las fuerzas terrestres de los protoss había contado con el respaldo de tres pesados colosos. Marius nunca había visto uno antes, pero no le hizo falta mucho tiempo para quedar impresionado. Aquellos gigantes descollaban terriblemente sobre todo lo demás en el campo de batalla, despedazando la zona de combate en fragmentos ardientes con los haces sobrecalentados de sus lanzas térmicas.

Dos de los gigantes acabaron siendo finalmente derribados. Fue una hazaña para la que hizo falta todo un ala de vikingos y más pilotos muertos de los que quería contar, y eso solo fue después de que un equipo completo de goliats se hubiera sacrificado también. Esos soldados habían muerto de una forma especialmente dura. Marius aún podía oír sus gritos agónicos cuando sus máquinas eran fundidas, licuándose al instante en torno a sus cuerpos.

Y aun así él no sentía nada.

Era horrible, peor que horrible, pero Marius no lograba compadecerse. Esta gente no significaba nada para él: eran todos unos desconocidos, sin excepción. Reían, jugaban, bromeaban sobre cualquier cosa... y eran jóvenes. Condenadamente jóvenes. Iban de amiguitos unos de otros como si se conocieran de siempre, cuando no era así, y eso era lo que a Marius más lo reventaba.

Era igual allí adonde iba. Fuera el que fuese el planetoide de mala muerte al que fueran a parar sus orugas, la gente lo evitaba. Con el tiempo, algunos aprendieron a tenerle directamente miedo. Afirmaban que corría demasiados riesgos y que apenas se preocupaba de su propia seguridad. En el campo de batalla era intrépido, temerario, peligroso. Uno de sus comandantes había llegado a llamarlo sanguinario. Marius estuvo peligrosamente cerca de dejarlo sin sentido cuando dijo eso. Pero cuanto más reflexionó sobre el comentario, más cuenta se dio de lo acertado que era.

De vez en cuando, por supuesto, un grupo intentaba integrarlo entre los suyos. Se esperaba de él que hiciera el papel del veterano curtido y de vuelta de todo que imparte sus conocimientos y su sabiduría paternal a sus jóvenes compañeros. Era un topicazo nauseabundo. Cada vez que algo así comenzaba, él escupía sobre las expectativas.

Al final siempre terminaban encogiéndose de hombros y seguían su propio camino. Desarrollaban una relación, establecían vínculos y se convertían en compañeros en el combate. Pero ellos no eran *sus* amigos. No eran *sus* hermanos de armas.

Y la razón era que todos sus hermanos estaban muertos.

Stoltzfus, Tallman, Marciniak. Cione. Todos habían desaparecido. Al principio Marius había culpado a la lucha: los protoss y sus armas mortíferas, el enjambre aparentemente interminable de los zerg. El odio hacia sus enemigos había ocupado el lugar de sus amigos en su corazón, llenando el vacío que estos habían dejado. Pero, como solía pasar con los veteranos, Marius Blackwood acabó comprendiendo que su auténtico enemigo no era el que había combatido en el campo de batalla durante tantos años.

El verdadero enemigo era el tiempo.

El tiempo se había llevado a sus amigos. Los había borrado, erradicado de las mentes y los corazones de todos quienes pudieran recordarlos. De los cinco que eran, Marius era el último. Y... ¿cuando él se hubiera ido?

Sería ya como si ninguno hubiera existido en absoluto.

El parpadeo rojo de una alarma lo trajo de vuelta al presente. Marius pulsó otro botón, indicando ser consciente de que el motor del Arcolux se acercaba a la línea roja. No estaba preocupado. Había conducido su máquina en situaciones mucho más peligrosas, llevándola justo hasta sus límites de fallo crítico y a veces más allá. Sabía de lo que era capaz mejor que los ingenieros que la habían diseñado y construido.

Delante de él, su objetivo estaba considerablemente más cerca. Ahora Marius podía ver con mayor claridad su pata rota. A su paso dejaba en el aire una nube de polvo continua que señalaba por dónde la había arrastrado. La atmósfera sin viento del planeta creaba un rastro inequívoco que llevaba directamente hasta el gigantesco caminante.

Pero Marius no necesitaba un rastro. Tan solo necesitaba un buen disparo.

—¡Capitán! —gritaba la voz en el comunicador—. Por última vez: ¡vuelva aquí!

La señal del comunicador comenzaba a perderse. Marius recordó de repente que el repetidor había sido destruido en los primeros compases del ataque. Unos cuantos kilómetros más y estaría totalmente fuera del alcance de la base, otro problema molesto menos.

—Blackwoo...

De pronto Marius decidió adoptar un enfoque distinto.

—¡Ya ha visto lo que ha pasado! —bramó, interrumpiéndola mientras se esforzaba por parecer furioso—. ¿A cuántos de nuestros hombres ha convertido en cenizas esa cosa? ¿De veras espera que lo deje escapar sin más?

Había sido una actuación excelente. Casi se sintió orgulloso de sí mismo. Hubo una larga pausa, seguida de ruido de estática. La siguiente voz que Marius oyó sonaba calmada e impasible.

—Muy bien —dijo resignada la teniente coronel—. Es su consejo de guerra.

—Así es.

Un parpadeo en sus pantallas indicaba que su objetivo había cambiado de dirección. Por alguna razón, el coloso avanzaba ahora en diagonal. Mientras Marius giraba su tanque para interceptarlo, una mirada al visor le mostró el motivo.

Al este, un pequeño grupo de precipicios rompía la perfecta superficie de arcilla endurecida. Eran lo bastante bajos como para que el coloso pudiera salvarlos, pero lo suficientemente escarpados para detener su tanque de asedio. Marius soltó un reniego y pulsó una serie de botones en su consola delantera.

Una imagen holográfica apareció en su panel de datos, mostrando una representación 3D de la topografía circundante. Amplió la imagen de los precipicios, haciéndola rotar desde todos los ángulos mientras buscaba una forma de subir. Medio minuto después encontró una. No muy al sur del punto de entrada potencial del coloso, una pendiente rocosa le ofrecía acceso a lo alto de la colina. Era empinada —peligrosamente empinada, en realidad—, pero estaba bastante seguro de poder lograrlo.

Tras tomar rumbo hacia la base de la rampa, Marius usó la parte posterior de un brazo para limpiarse una gruesa capa de sudor de los ojos. Hacía un calor bochornoso en el interior del tanque; mucho tiempo atrás se había hecho sacar por completo el sistema de refrigeración interna. Acondicionar el aire suponía una carga extra para el motor, y esos grandes compresores eran para él un peso muerto.

El calor no le importaba demasiado. De algún modo retorcido, hasta había llegado a gustarle. Cada gota de su sudor era otra onza de velocidad; el sacrificio en confort a cambio de rendimiento era solo una de las muchas modificaciones que Marius había implementado en su viejo Arcolux. Sonriendo para sus adentros, recordó el día en que le cogió una antorcha de plasma a uno de los mecánicos y la usó para fabricarse su visor delantero. Cuando sus superiores vieron el agujero que Marius había abierto en el casco de neoacero de 15 cm, casi les dio algo. Pero, después de la madre de todas las

reprimendas verbales, fue tan solo una más de las ocasiones en las que el veterano se salió con la suya.

Marius miraba ahora por ese visor, a través de la gruesa ventana de plástiacero que había atornillado tantos años antes. El coloso se acercó al precipicio. Incluso tullido era extrañamente hermoso. En su cuerpo anguloso y de líneas elegantes había tallados intrincados diseños que lo hacían parecer más una obra de arte que la devastadora máquina de guerra que en realidad era. Por dentro brillaba con una espectral luminiscencia azul.

«¿Te vas a quedar ahí parado mirándolo o vas a cargarte a esa cosa?» —La voz de Cione otra vez. Marius bajó la cabeza. Su mirada cayó directamente sobre sus botas sucias.

Podía recordar una época en la que lustraba esas botas a diario hasta que casi se podía reflejar en ellas. Pero solo apenas podía recordarlo. Eran todos tan enternecedoramente jóvenes: chavales sin experiencia, recién salidos de la academia. Eran imparciales, optimistas, llenos de entusiasmo. Y tenían tantas ganas de combatir.

En aquellos tiempos, nada estaba fuera de su alcance. Todo era posible.

Los cinco se habían mantenido juntos tanto en las duras como en las maduras; por aquel entonces el concepto “duras” no entraba en su vocabulario. Eran auténticos hermanos, cuidando siempre unos de otros, ayudándose a sobrevivir a cada prueba de fuego. Incluso después de que el pelotón se separara lograron seguir en contacto, jurando solemnemente reunirse cuando pudieran, cada año o así, en El Cobertizo.

Era un sitio espantoso, horrible, el más destartado de los bares, escondido en la parte de atrás de alguna subestación defectuosa cerca de Shiloh. Pero era el primer sitio al que los habían asignado, y eso lo hacía especial para ellos. Con el tiempo aprendieron a quererlo. Con el paso de los años lo habían hecho suyo.

El Cobertizo era lo único bueno que Marius tenía en su vida. A lo largo de todos esos años de fuego e infierno era algo a lo que podía aferrarse. La única constante positiva en su siempre cambiante vida militar.

Pero eventualmente incluso eso acabó cambiando. Uno a uno, cada vez eran menos los que realizaban el viaje. El primero en fallar fue Stoltzfus, de quien supieron que había encajado una punta hueca justo antes de cumplir los treinta. Al parecer había elegido mal el bando en algún alzamiento estúpido. Tenía sentido: el chico era encantador y confiado, pero nunca había sido demasiado espabilado.

Marciniak desapareció algunos años después, en algún lugar cerca de Char. Pasó un buen par de años y Tallman fue el siguiente. Estiró la pata tan solo un mes después de unirse a algún delirante equipo de mercenarios. Nunca trascendieron todos los detalles —algo acerca de un negocio muy turbio que acabó mal—, pero este fue el que más le había dolido. Billy Tallman siempre había sido el más exuberante. Era el que más bebida derramaba, el que más peleas ganaba, el que con más mujeres hermosas se había acostado. Era su líder de facto. Y si alguno de ellos era realmente imparables, ese era él.

Al final solo habían quedado Marius y Cione. Mantuvieron la tradición durante mucho tiempo: reunirse, recordar viejos tiempos e incluso hacer un brindis por sus camaradas caídos. No importaba dónde se encontrara o en qué estuviera metido: cuando tocaba ir a El Cobertizo, Marius no se lo habría perdido por nada.

Y entonces, un año, Cione tampoco se presentó.

Le llevó un poco de trabajo averiguar qué había pasado. Por lo visto Cione sucumbió al fuego enemigo. El operario de un Crucio se había vuelto descuidado la hora de apuntar, y la mayoría de la unidad de Cione había recibido una lluvia imprevista de tungsteno sobrecalentado. Ni siquiera quedó un cadáver.

El recuerdo hizo que Marius apretara sus ojos cerrados. Sus oficiales superiores nunca pudieron entender por qué uno de sus mejores pilotos rechazaba una y otra vez hacerse cargo de algo mejor que su Arcolux. Blackwood se había negado incluso cuando se volvió obligatorio, convirtiéndose en el blanco de casi todas las bromas en su división. Luego, conforme pasó el tiempo, los reclutas más jóvenes comenzaron a verlo como envuelto en un halo de misterio. Lo veían como alguien testarudo y nostálgico, un fósil que se negaba a evolucionar con los tiempos. Pero Marius sabía que no se trataba de eso. Cada vez que pensaba en Cione, Marius recordaba exactamente por qué su pie nunca pasaría por la escotilla de un Crucio.

Aquella visita a El Cobertizo había sido la última, hacía cinco años este mes. Marius había pedido una última cerveza para su amigo y la había colocado en la barra, ante el asiento vacío de Cione, mientras él se acababa la suya. Luego se fue. Fue así de sencillo. Así de definitivo. Echó la vista atrás una vez más al cruzar la puerta para contemplar cinco asientos maltrechos —asientos que en su momento habían estado llenos de afecto, risas y vida—, ahora fríos y vacíos. Lo hizo justo a tiempo de ver al barman vaciando la cerveza de Cione por el frío desagüe de acero. La última cerveza que su amigo nunca bebería. Desaparecida para siempre, como él.

Como todos ellos.

Una alarma sonó sin hacer mucho ruido cuando el tanque llegó a su punto de referencia temporal. Apretando los dientes, Marius comenzó a subir por la base de la rampa. Parecía mucho más empinada que en el panel de datos, y daba la sensación de ser diez veces más pedregosa. Con el vehículo dando brinco sin control, era lo único que podía hacer para permanecer en el asiento de piloto, y no digamos ya manipular los controles.

Marius había volcado su tanque una vez, cuando comenzaba a entrenarse como piloto. Fue una experiencia muy desagradable que nunca había tenido ganas de repetir. En aquella ocasión fue solo cosa de un cable de remolque y unas risas; tras algunos minutos de bochorno volvía a estar enderezado. Pero ¿quedar aquí como una tortuga panza arriba? Eso traería graves consecuencias. El coloso podría dar marcha atrás y dispararle sus haces. Con la escotilla trabada estaría atrapado, incapaz de moverse o defenderse. Imaginó cómo serían esos últimos momentos: el casco del tanque sacudido por esos haces ardientes al rojo blanco. La temperatura ya insostenible del interior aumentando rápidamente...

Marius bajó la vista al cinto, donde para su tranquilidad estaba sujeta su C-7. No era ninguna coincidencia que hubiera comprado la pistola al día después de volcar el tanque.

La pendiente era cada vez más inclinada. Marius redujo dos marchas al pasar la marca de los 50 grados de desnivel, con la mandíbula rígida mientras comprobaba sus giroscopios. Como mucho podía con una inclinación de 60. *Tal vez* 65. Si pasaba de ahí se inclinaría del todo hacia atrás, con su cuerpo rebotando como una bola humana en una máquina de millón mientras el tanque caía impotente hasta el fondo del terraplén

En el exterior el ruido creció a niveles ensordecedores, con las orugas del tanque escupiendo pedazos de gravilla y rocas serradas. Devoraban el terreno, impulsando la máquina hacia delante y hacia arriba con el grito terrible del acero contra la piedra. Dentro, Marius sentía cómo se desplazaba el centro de gravedad. El estómago se le revolvió. Los gélidos dedos del miedo se cernían sobre su subconsciente. Y entonces, en una oleada eufórica de alivio absoluto, la cima de la colina apareció a la vista.

El indicador de posición señalaba 63 grados de inclinación cuando Marius metió una última marcha al tanque. Este dio una sacudida hacia delante, con los cañones apuntando al cielo mientras coronaba el borde superior de la cresta. Hubo un momento de infarto cuando el extremo trasero se paró, con las orugas girando en el aire mientras el tanque perdía agarre y se deslizaba medio metro hacia atrás. Pero un segundo después estampó el morro en la superficie plana de la meseta superior en medio de un estruendo atronador.

Tras dejar atrás la última nube de polvo, Marius avistó enseguida a su presa. Al desviar el tanque para enfilarse la rampa había aumentado su separación, pero era una distancia que podría recuperar sin problemas. El coloso seguía arrastrando la pata cual enorme insecto herido, y parecía estar fulminándolo a él con la mirada.

«Estás loco. Loco de remate».

Podía haber sido la voz de Cione, pero Marius pensó que tal vez era la suya propia. De un modo u otro, de repente fue consciente de lo disparatado de lo que estaba haciendo. Pero también fue consciente —y con igual intensidad, si no más— de que eso no le importaba.

No siempre había sido así, claro. Hubo una época en que a Marius no todo lo traía sin cuidado. Echó una mirada melancólica a un hueco en el rincón de la gran consola de acero. Distinguía vagamente la forma de un rectángulo descolorido, tan borrosa que apenas podía verla ya. Allí había habido colgada una foto. Una foto que hacía tantos años que ya no estaba que le parecía como si hubiera pasado una docena de vidas.

Hannah.

Uno más de los fracasos de su vida.

Pensar que ella había sido su “gran amor verdadero” hacía reír a Marius. Pero en otra época, en otro lugar, sin duda había sido algo para él. Hannah había sido su único salto al vacío de verdad, su único intento sin mucha convicción de mantener una relación.

Se conocieron en un pueblo pesquero mientras él estaba destacado en Shiloh, cuando su vida aún tenía cierta apariencia de normalidad. Ella era joven como él, solo que más despierta, más inteligente y arrebatadoramente hermosa. Ojos de un gris acerado. Cabellos de color de miel. Cayó rendido a sus pies. Pero lamentablemente Marius se enamoró más perdidamente de lo que un soldado que había luchado en nueve mundos conocidos podía permitirse. No cuando el deber llamaba.

Marius pasó un dedo manchado de grasa por el lugar donde había estado la foto. Recordaba la foto de una forma tan vívida como si aún estuviera allí: Hannah de pie frente al lago, sonriendo abiertamente, con una gran flor amarilla en el pelo. Se lo había llevado a dar un paseo en barca, nada menos.

Ahora no podía evitar burlarse. La chica, la foto... Eran ya de entrada unas ideas tan tontas...

Un brillante estallido de abrasadora luz amarilla surgió de la nada, haciéndole taparse instintivamente los ojos con un brazo. Incluso a través del pequeño visor lleno de humo, el resplandor prácticamente lo cegó con su intensidad.

Justo delante, el coloso le estaba disparando. Las dos grandes torretas a cada lado de su cabeza alargada se movían al unísono. Marius frenó el tanque en seco, consciente de repente de la capacidad del enemigo para reducir su vehículo a pedazos fundidos. Pero cuando el coloso lanzó otra andanada, comprendió que aún estaba demasiado lejos del alcance de su arma.

Una y otra vez, los haces de las lanzas térmicas del caminante desgarraban el cielo de dos en dos. Se hundían de modo inofensivo en la superficie de arcilla compacta del planeta, creando inmensas franjas de destrucción en forma de profundas fisuras fundidas. Y en ese preciso instante Marius supo exactamente qué estaba haciendo.

El tanque de asedio se estremeció al pasar a toda velocidad por la primera de las hendiduras ardientes. Se activaron los sistemas de estabilización, minimizando el impacto en el bastidor del Arcolux, pero había demasiado pocas interrupciones en el terreno recién desgarrado para que lograran gran cosa. La máquina avanzaba botando violentamente por delante y por detrás, mientras Marius luchaba para desviarla del terreno devastado.

El coloso seguía disparando. Marius acabó llevando el tanque más allá de la zona de peligro, viendo cómo los haces abrían nuevos surcos en el suelo por detrás del caminante. Permanecer fuera del arco de destrucción supondría perder más tiempo: ya no podría apuntar el morro directamente hacia su objetivo. Aun así, el Arcolux seguía ganando terreno. Solo era cuestión de minutos.

Dos luces parpadeantes captaron la atención de Marius al pasar del amarillo al blanco. Alarmas de proximidad trasera. Había ido demasiado lejos, mucho más allá del limitado alcance del primitivo dispositivo de comunicación de la instalación minera. Ahora no podrían ponerse en contacto con él aunque quisieran. Ni él con ellos.

Tampoco es que importara.

De hecho ya hacía tiempo que nada le importaba a Marius. La felicidad estaba completamente descartada. Como mucho podía sentirse contento en estos últimos tiempos, y solo cuando estaba enfrascado en lo que mejor se le daba: servir como soldado. Fueron numerosas las ocasiones en las que renunció a ascensos, traslados e incluso la posibilidad de retirarse, todo para poder seguir con lo suyo, preocupándose únicamente de con quién y dónde lucharía a continuación. Sin darse cuenta de cómo

había sucedido, Marius había pasado de vivir su vida a vivir solamente por la emoción del combate.

Y había habido muchos, muchos combates.

Muchos muertos en su haber.

Esbozó una sonrisilla mientras el tanque iba dando tumbos por el terreno. Señalarse los muertos respectivos era algo que todos ellos habían hecho desde el principio, una antigua tradición que habían resucitado juntos, como grupo. Empezó cuando Billy comenzó a llevar la cuenta en su casco, cuando los cinco estaban aún en infantería. A partir de ahí se convirtió en una competición entre amigos, aunque la cosa pasó a mayores con el paso de los años.

Como consecuencia de ello, el lateral de su tanque de asedio estaba decorado con muchas de esas victorias. Marius contabilizaba zerg, protoss e incluso los enemigos terran a los que a veces se veía obligado a enfrentarse. Todas y cada una de sus conquistas eran incluidas, todas ellas marcadas amorosamente con láser en el chapado de neoacero de su vibrante y retumbante máquina de matar.

Sus muertos eran sus trofeos. Ellos eran sus amigos.

Eran lo único que le quedaba.

El tanque viraba bruscamente a izquierda y derecha mientras marchaba disparado por la llanura polvorienta, con Marius llevándolo justo por fuera de los bordes del terreno hendido. Quizás fuera por el calor intenso, o tal vez esa cosa hubiera comprendido al fin la ineficacia de su plan, porque al final los láseres pararon. El coloso dejó de apuntar su cabeza hacia él y siguió avanzando pesadamente.

Pisó a fondo el acelerador y el pulso se le disparó mientras se arrimaba a su presa. Se sentía vivo. Vivo y más cerca que nunca de enviar a ese maldito leviatán al otro barrio. Dentro de unos pocos minutos sería tan solo una marca más en el costado de su tanque de asedio, pero una marca muy importante. Porque, en todos los años que hacía que era piloto, Marius nunca se había cargado a un coloso.

Y estaba desesperado por liquidar uno.

Tras apuntar en la dirección general de su enemigo, el capitán lanzó un disparo rápido. Los proyectiles se quedaron muy cortos respecto al coloso, tal como sabía que pasaría.

Aun así, quería su atención. Necesitaba que se pusiera a dispararle de nuevo para saber lo cerca que podía situarse antes de efectuar su disparo de verdad.

Marius no se hacía ilusiones sobre limitaciones de alcance. Los haces de esas lanzas térmicas lo harían pedazos antes de que sus dos cañones de 80mm alcanzaran su objetivo. Desde el principio había sido consciente de que su cañón de asedio era la única posibilidad real que tenía para abatir al caminante. Pero en lo referente al Mjolnir tampoco se engañaba: era realmente bueno manejándolo.

Su cabeza se llenó de cálculos: estimaciones de distancia y alcance que solo un piloto experto podría entender. Aun así, el coloso se negaba a disparar. Seguía tirando todo el rato hacia delante, con los restos retorcidos de su pata a rastras. El caminante no mostraba miedo o preocupación. No se movía más rápido o más deprisa que cuando comenzó la persecución. De hecho si algo lo personificaba era su absoluta falta de humanidad. A esta distancia, parecía inquietantemente malévolo.

Marius se puso a accionar interruptores, desactivando los dispositivos de seguridad preliminares para poder pasar al modo de asedio. El tanque iba inexorablemente lanzado, comiéndole terreno a su objetivo a cada segundo que pasaba.

Aguardó hasta el último momento posible... Hasta que el coloso giró la cabeza. Entonces Marius actuó.

Se oyó un chirrido infernal de tierra y metal cuando hizo pasar el tanque de su velocidad máxima a un frenado en seco. Derrapando por la superficie de arcilla compactada, el Arcolux se deslizó de lado durante al menos 45 metros antes de detenerse. Un polvo rojo lo cubría todo. Antes incluso de frenar por completo, Marius ya había empezado a accionar a toda prisa una serie familiar de botones y palancas.

El tanque se levantó por debajo de él como algo vivo. Sonó el silbido siniestro del sistema hidráulico cuando las patas de apoyo del Arcolux salieron de golpe hacia fuera y luego hacia abajo, golpeando con fuerza la rígida arcilla seca. Durante unos pocos segundos agónicos, solo pudo mirar expectante mientras el mecanismo de bloqueo y desbloqueo finalizaba su ciclo. Entonces la luz de preparado pasó de parpadear en rojo a verde, indicando la activación total del modo de asedio.

Con el tanque detenido, el coloso se alejaba rápidamente. Marius miró detenidamente su ordenador de tiro, donde el caminante ya estaba fijado como objetivo. Ríos de información comenzaron a desfilarse a cada lado del panel de datos, sugiriendo todo tipo de trayectorias y posibles correcciones de curso. Marius ignoró todo eso. Agarró los

controles del cañón de artillería y rastreó visualmente al coloso, que a estas alturas tenía grabado en la cabeza.

El suelo crepitaba. Más allá de la seguridad del tanque de Marius, el paisaje estalló en llamas de amarillo y naranja cuando el coloso se puso a disparar de nuevo. Un extraño olor le llegó a la nariz —ozono ardiente— mientras al mismo tiempo se le erizaba todo el vello de los brazos. Más allá de su tanque no se veía absolutamente nada. En su pantalla, el retículo alrededor del coloso se acercaba al alcance máximo del Mjolnir. Colocó el pulgar sobre el botón sin que le temblara. Acometió la tarea como siempre hacía. A ojo. De un modo visceral. Guiándose por el instinto.

Disparó.

El cañón de impacto del Arcolux rugió estruendosamente. Marius soltó los controles de repente e inmediatamente se tiró hacia delante, pegando con fuerza la nariz contra el sucio visor. Transcurrió un segundo. Dos...

Hubo una explosión brillante, espectacular. El coloso se tambaleó brutalmente hacia un lado cuando el obús sobrecalentado de 120mm le atravesó el cuerpo. Se bamboleó peligrosamente, recuperando casi el equilibrio, y terminó por caer. Al chocar con el suelo se produjo una segunda detonación que hizo estallar al antaño hermoso caminante en medio millar de trozos refulgentes.

Marius exhaló un largó y profundo suspiro. Se dejó caer pesadamente sobre su asiento con un hormigueo en el cuerpo, deleitándose con el éxtasis de la caza consumada. Vivía para este momento. Siempre había sido así. En una vida tan dura y fría, momentos como este eran realmente lo único que le quedaba.

Estuvo todo un minuto ahí tirado, con los ojos cerrados y la adrenalina corriendo por su cuerpo empapado en sudor. Pero Marius salió de su trance por el zumbido de una alarma desconocida. Cuando volvió a abrir los ojos, la mitad de las luces de su consola emitían intensos destellos.

Una miríada de nueva información pasaba a toda velocidad por su panel de datos, haciendo que se pusiera erguido en el asiento. Cuando se asomó al visor, la sangre se le heló al instante.

Acechadores. A docenas. El horizonte por detrás del coloso hecho añicos estaba salpicado de fuerzas protoss que avanzaban a toda prisa hacia él. Las patas largas y finas de los acechadores más pequeños levantaban múltiples remolinos de polvo. Y por

delante de ellos, aún más cerca, había lo que Marius reconoció en el acto como los mortíferos y descomunales exoesqueletos de inmortales.

Sus manos se pusieron a la obra antes de darse él cuenta, introduciendo la serie de comandos que tenían que sacar al tanque del modo de asedio. Los inmortales venían a todo trapo, deslizándose por el terreno completamente llano. A la velocidad a la que iban, Marius calculó que tendría menos de un minuto. Diablos, tal vez era ya demasiado tarde.

Pasaron unos segundos preciosos. La espera era insoportable. Cuando el tanque se negó a moverse bajo sus pies, Marius supo que algo fallaba. Un timbre sonó en algún punto a sus espaldas. En su panel de datos, las representaciones de las patas de apoyo del Arcolux emitían un parpadeo rojo.

Estaban atascadas.

«Te dije que no perdieras el ímpetu —rió Cione en el interior de su cabeza. Marius podía imaginar a su amigo sonriendo—. Te estás haciendo demasiado viejo para esto, hermano».

Alejando cualquier otra cosa de su pensamiento, oprimió fuertemente con el pulgar el botón de desbloqueo. Nada sucedió. Los dientes serrados que mantenían el tanque anclado durante el modo de asedio seguían incrustados firmemente en el suelo de arcilla. Marius pulsó otra vez el botón, preso de la impotencia, solo que esta vez notó un ligero temblor. Al tercer intento, las patas se liberaron.

El tanque se elevó. El zumbido del sistema hidráulico fue como música para los oídos de Marius mientras los soportes del Arcolux se replegaban en la carrocería. Una serie de luces parpadearon en verde, y las orugas volvieron a tocar el suelo. Apenas hacerlo ya rodaban.

Marius invirtió la dirección y salió escopetado a través de la llanura polvorienta, aumentando rápidamente las marchas del tanque. Las fuerzas protoss nublaban ahora cada milímetro de su panel de datos trasero. El ordenador de tiro comenzó a fijarlos automáticamente, emitiendo una serie de molestos chirridos al rastrear a cada enemigo que se acercaba. Lo desconectó al tiempo que activaba su micrófono.

—Aquí el capitán Blackwood, Arcolux 2717. ¿Me reciben?

Marius volvió a conectar el sonido de sus auriculares y subió el volumen de su comunicador. No obtuvo más que estática.

—Teniente coronel Maxwell, aquí Blackwood. Vuelvo para allá. ¿Me recibe o qué?

Todavía nada. En su panel de datos podía ver las descargas disruptoras del primero de los inmortales impactando en el suelo a una buena distancia por detrás de él. Sus sensores de proximidad, no obstante, pintaban una situación más aterradora: los acechadores habían avanzado mucho de repente. Ya estaban justo por detrás de los inmortales, y ganaban terreno rápidamente. Demasiado rápidamente.

—¡Gwen! —gritó Marius, haciendo lo posible por provocar a la teniente coronel llamándola por su nombre de pila—. ¡Viene una segunda oleada de atacantes! Acechadores, a montones. Y también inmortales, tal vez más. ¡Teniente coronel! ¡Quien sea! ¿Me reciben? Estoy transmitiendo en todas las frecuencias de emergen...

Marius salió lanzado hacia delante cuando el tanque pasó por encima de una de las profundas grietas en el suelo de arcilla, un regalo de despedida de su querido coloso. Echó un vistazo hacia delante y se concentró en sortear las fisuras restantes.

Otra descarga iluminó de pronto el tanque, explotando esta vez en algún lugar por delante de él. Los acechadores ya lo tenían a su alcance. Su tiempo casi se había acabado.

«*O sea que se acabó*» —pensó Marius. Así era como le iban a dar a él el pasaporte. El coloso sería su última víctima... su última cerveza antes de irse por el sumidero del olvido. Era todo tan apropiado que resultaba cómico.

El borde del precipicio entró en su pantalla topográfica. Aún quedaba demasiado lejos. Por un momento se planteó darse él mismo el pasaporte saliéndose del precipicio a toda pastilla, arrojándose hacia ese cielo estúpido y ridículo. La idea le arrancó una risita. Pero no, ese no era su estilo. Si acaso, Marius se daría la vuelta y lucharía. Incluso con su máquina al límite, podía hacer mucho daño. Estaba bastante convencido de poder llevarse consigo a uno o dos de los caminantes.

Entonces, justo delante, justo enfrente, una luz en el cielo. Al principio era tenue, y fue haciéndose más brillante y pronunciada conforme iba reduciendo rápidamente la distancia. Era un reflector. ¡El reflector de una nave de evacuación!

Con el corazón saliéndosele por la boca, Marius pisaba con tanta fuerza el acelerador que tenía miedo de que se le rompiera. Pero el tanque ya iba a su velocidad máxima. No podía hacer otra cosa que ver cómo el terreno polvoriento pasaba rápidamente a su lado.

El piloto del G-226 se alineó perfectamente con él, con sus motores rotando hacia abajo mientras descendía por el cielo. Marius se fue de frente hacia la nave. Descargas de acechadores empezaron a impactar a su alrededor mientras veía la rampa delantera del transporte comenzando a bajar, abriéndose para recibirlo, sobre el borde del precipicio rocoso.

Una explosión en el lateral posterior derecho de su Arcolux lanzó la máquina hacia un lado. Marius se esforzó al instante en intentar enderezar el tanque. Compensó en exceso, se deslizó peligrosamente durante un momento y acabó corrigiendo también la segunda derrapada.

«¡No!» —pensó furioso. Ahora no. ¡Estaba demasiado cerca! Fuera o no tozudez, la esperanza se había apoderado de Marius. Después de todo por lo que había pasado, de ningún modo iba a dejarse ir.

El polvo volaba por todas partes mientras la nave de evacuación se acercaba al suelo. Un fuerte sonido metálico llegó a sus oídos, y Marius comenzó a aflojar el acelerador. No había margen para errores. Una derrapada podía enviarlo contra el lateral de la nave y hacerlos caer a ambos por el precipicio en un amasijo de metal retorcido.

De repente la nave de evacuación estaba abajo, con los actuadores doblándose bajo su peso. Marius aminoró, centrándose en controlar su desaceleración. Con los dientes apretados, guió el morro del tanque rampa arriba y hacia la bahía del G-226. Pisó a fondo los frenos, se detuvo abruptamente y accionó los topes magnéticos de las orugas del Arcolux. Entonces sintió que el estómago se le caía como un ladrillo cuando el piloto arrancó su nave del suelo y la lanzaba hacia el extraño cielo rosado.

Fuera se oía el estruendo de disruptores de la docena o más de acechadores que intentaban hacer trizas la nave. Los sonidos no tardaron en volverse más débiles y distantes, hasta que finalmente desaparecieron del todo. Despegar desde el precipicio había creado una separación casi instantánea entre el transporte y el enemigo. Todo había terminado.

Marius se levantó y abrió la escotilla. Una deliciosa ráfaga de aire fresco inundó el tanque. Se llenó los pulmones con avidez, ansioso; nada le había sabido tan a gloria. Tras salir, se tumbó boca abajo sobre la parte superior del Arcolux. Se estaba calentito ahí encima, mientras dejaba que el aire frío recorriera su cuerpo empapado en sudor.

Bañándose en las luces brillantes de la bodega de carga de la nave de evacuación, Marius cerró sus fatigados ojos. El silencio duró menos de un minuto.

—Capitán Blackwood, señor —llegó retumbante una voz desde algún sitio por encima de él—. ¡Me alegra de veras tenerlo a bordo!

El piloto de la nave. Marius se dejó caer por su tanque y las piernas casi se le torcieron al tocar sus botas el suelo de metal corrugado. Las estiró con una intensa mueca de dolor. Ambas rodillas le crujieron fuertemente en señal de protesta.

—Relájese y disfrute del viaje, capitán —prosiguió la voz del piloto—. De aquí a la base ya es todo aire sin más. Estará de vuelta en un santiamén, así que puede echar unas caladas si tiene con qué.

Marius se metió distraídamente una mano en el bolsillo del chaleco y sacó la mitad de un puro más que sobado. Echó a andar en torno a su máquina, inspeccionando los daños.

—¡Dígale a la teniente coronel que voy a besarla en cuanto la vea! —gritó al vacío de la bahía de carga del G-226. Su voz resonó con fuerza contra las lisas paredes de acero—. ¡Con consejo de guerra o sin él!

Estaba convencido de que el piloto no podía oírlo, pero eso no importaba. Marius se palpó en busca de una cerilla y no encontró nada. Se metió el puro en la boca de todos modos y lo mordisqueó.

Al pasar junto a la parte trasera el Arcolux, se detuvo. La mayor parte del blindaje trasero del tanque había quedado completamente destrozada. Solo quedaban unas cuantas partes pequeñas, retorcidas y deformadas por el fuego abrasador de los acechadores. Los bordes exteriores aún ardían, brillando al rojo blanco en algunos puntos debido al calor intenso.

Marius se inclinó cuidadosamente y se encendió el puro con el metal sobrecalentado.

Se paseó hacia el otro lado y dio un suspiro de alivio. Su recuento de muertos seguía ahí. Marius pasó la mano por encima, tocando las marcas, sintiendo lo grabadas que estaban en la placa de neoacero. Al final de la larga hilera de marcas, acarició un espacio en blanco, liso.

Ahí iría el coloso. Por fin.

Sonó un estruendo espantoso. La nave de evacuación se tambaleó peligrosamente hacia un lado, haciendo que Marius quedara a cuatro patas. El dolor volvió a recorrerle las

piernas, con las rodillas crujiéndole de nuevo. Agarrándose a las orugas de su tanque, se levantó con gran dificultad.

Otra explosión, esta casi ensordecedora de tan fuerte. La nave zozobró violentamente, coleó y luego se precipitó con el morro por delante con una inclinación escalofriante. Incapaz de sujetarse, Marius salió despedido a través de la bahía de carga, indefenso como una muñeca de trapo.

Se produjo un destello azul y blanco, seguido de una oleada de calor intenso. Marius oía el sonido estridente del aire escapándose del casco perforado de la nave mientras buscaba algo a lo que agarrarse. No encontró nada.

Un instante después, el mundo en el interior de la nave de evacuación explotó con el chillido aterrador del acero desgajándose del acero. El suelo se hundió bajo sus pies, desapareciendo, y Marius se precipitó por aquel horrible cielo rosado. Caía dando vueltas, extendiendo brazos y piernas en un intento inútil de recuperar el control hasta que al fin se rindió a lo inevitable. Lo último que vio fue la forma inmensa de su tanque de asedio, cayendo incontroladamente por debajo de él...

No tuvo ni una pizca de miedo mientras caía.

Sentía alivio. Paz. Liberación.

Marius sonrió.

* * *

Nubes de polvo revolotearon por debajo del fénix en su aterrizaje.

La cubierta se abrió con un silbido. El piloto protoss salió y bajó adonde se encontraban los restos destrozados de la nave de evacuación terran, ardiendo aún en el aire sin viento. A un lado, la torreta de un tanque de asedio estaba incrustada en la agrietada superficie de arcilla. Los dos cañones retorcidos de la máquina de guerra apuntaban desafiantes al cielo.

El piloto se inclinó y sacó un trozo de neoacero al rojo blanco de entre los restos en llamas. Sosteniéndolo con sus guanteletes, reconoció las rudimentarias marcas que representaban las anteriores victorias de este humano. El protoss inclinó la cabeza una vez a modo de adusto saludo. Era un gesto que trascendía las razas y los idiomas; él entendía a este guerrero.

No, guerrero no. Hermano.

El piloto volvió resuelto hasta su nave y usó el trozo serrado de metal para grabar un símbolo propio en el fuselaje, junto a todos los demás.

Luego, tras deshacerse de su trofeo tirándolo al resquebrajado paisaje rojo, se elevó hacia el cielo.